

VINO TRISTE



VINO TRISTE

I

Leedme despacio; que haya quietud en torno; poned en vuestra voz un acento pausado, algo de rezo; la música de mis palabras quisiera yo que fuese como el sonido solemne de un órgano escuchado desde un atrio cubierto de hierba, bañado de sol. Que vuestra alma se abra á mis ideas, que llegarán á vosotros como en el atrio el vaho de la iglesia obscura: con algo de olor á incienso, con algo de olor á gentes sudorosas. Que al alzar los ojos del libro, haya en ellos un reflejo de su ambiente, así como los tonos de un anochecer galiciano lento, lento; de una tarde veraniega muerta con el sol tras unos bosques remotos.

*
**

Había en todo un aspecto de vejez, de vejez apacible. La luz entraba en la habitación extensa por un estrecho mirador. El suelo,

encerado, lucía el color de la caoba, y la luz resbalaba en él, abriantándolo. El encaje de las colgaduras tenía tonos amarillentos, de pergamino. En una jaula pendiente sobre un macetón con plantas de arteificio, había un pájaro mudo. Las butacas eran amplias, los muebles, pesados. Los vanos de las puertas aparecían negros. Por la ventana se veían las casas fronteras, separadas por la calle estrechísima, y en una pared, el antiguo soporte de un reverbero, con su trágica sugestión de brazo de horca.

Cerca del mirador dormitaba el anciano. Había sido aquélla una tarde estival; la primavera iba á morir en el ascua de Junio. Retorciéndose por el laberinto de callejuelas, llegaba de los montes una columna aromada, tibia, trayendo el polen de las flores abiertas. El pájaro mudo había querido aquella tarde iniciar un gorjeo. El ambiente de la estancia se había templado, y tras la comida, don Fabián se hundió en la butaca, algo desabrido, molesto. En la mesa había contestado con monosílabos. Veíase ahora lucir en su cráneo pelado un reflejo de luz, y su perfil de hombre enjuto recortarse en la vidriera. Había cerrado los ojos para aislarse, meditando; su alma, acostumbrada á la paz, perdíase en un laberinto de ideas sugeridas por la catástrofe. ¿Qué hacer, qué hacer? Se extraviaba. Cuando la confusión fué grande en su cerebro, renunció á buscar. Poco á poco cayó sobre él la modorra. Se alegraba

de estar así, de cesar en la persecución inútil de un desenlace. Llegaron confusamente hasta él los ruidos de la calle: voces chillonas de pequeñuelos, el áspero rozar de un cuchillo en la rueda de un afilador, de cuando en cuando un pregón triste... Lentamente, durmióse.

Siguió aún con las manos cruzadas, con los párpados enrojecidos, con toda su figura replegada en el asiento blando...

—¿Cenamos, Fabián?

Lo habían sacudido dulcemente. Despertó sobresaltado. Volvió á invadirle el recuerdo punzante y doloroso, y contestó con un gruñido. Cristina, su mujer, alejóse con su andar lento. Sobre la mesa ardía ya el quinqué. Lupe, impaciente, comenzó á batir con la cuchara el plato de ribetes azules, para ahuyentar la pereza del anciano. Al fin se acomodaron todos, con un leve rastrear de sillas sobre el piso.

Cristina tuvo un estremecimiento breve.

—Hace frío... ¡En este comedor!...

Y luego, tras una pausa:

—Estuvo aquí Barciela: trajo la renta, ¿sabes? Habrá que dejarle cortar un pino, para unas obras... Siempre piden algo.

Fabián callaba. Le parecía llevar dentro el peso todo de las ruinas de su propia vida. Su juventud discreta, sin recuerdos agudos, el vivir matrimonial, suave, lento, tranquilísimo, sin la alegría ó sin el enojo de los hijos, que no deseó nunca, junto á la mujer senci-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 "ALFONSO M. LLANOS"
 1936. 1025 MONTERREY, MEXICO

lla, de gustos vulgares... todo volcado, revuelto. Juraría él, antes, conocer el último rincón del alma de Cristina... ¿Cómo fué aquéllo? Preguntábasele con una ira sorda, con la vergüenza de no haber visto, con coraje de haber construido un edificio de paz sobre una falsa base.

—¡Tuvo un amante, un amante!...—se lo repetía rabiosamente, como abofeteándose por su torpeza de ciego—. Tuvo un amante, y desde entonces pasaron años y años, más de veinte, y tú no supiste ver y toda tu vida fué arrojada al engaño, y ahora no puedes matarlo á él ni vengarte de ella; y en los años que te restan no has de gustar placeres que te compensen, porque es tu vida entera la que pierdes y eres viejo, viejo!

Evocó á Cristina, joven aún, regordeta, con una templada alegría en el ánimo. Se interpuso el recuerdo de la boda, cuando después del banquete fué á llamar, borracho, al cuarto de la mujer amedrentada, que oía, sin abrir, sus trabajosos balbuceos. Aun sentía todo el ridículo del instante. Ahora, su larga unión con Cristina antojábasele estúpida, impregnada del mismo sentimiento de aquel recuerdo tenaz.

Su mujer transfigurábase en otra dentro de él; advertía la falsedad de sus rancias ideas, que le mostraban el matrimonio como un crisol, y las almas ligadas, marchando juntas por un mismo sendero suave, y los cuerpos complementándose invariablemente,

sin otras ansias extrañas. Se desvanecía, como las figuras de magia, aquella convicción enérgica, y se redondeaba la noción tardía de la verdad: el alma sola, siempre sola, inconfundible, procurándose engaños para ocultarse su propia soledad, su impotencia para mezclarse con otra alma.

Transcurrió la cena. Fabián volvió á la ventana para ocultarse. Llegaba hasta él la voz calmosa de su mujer y el hablar animado de Lupe, la sobrina huérfana albergada en la casa hacía ya un año. Martilleábanle las voces en la cabeza, le impedían pensar. Asomóse. Al fin se levantaron las dos mujeres.

—¿Vienes, Fabián?

El tardó en responder para suavizar la ronquera del coraje.

—No; iré pronto... Acostaos.

Aun anduvieron un momento por la estancia, acomodando algo. Cristina volvió á hablar:

—¿Necesitas la luz?

—No.

Y luego, la voz de Lupe, amodorrada:

—Buenas noches.

Salieron. El quinqué iba pintando en el techo círculos concéntricos de luz; giraban las sombras lentamente. Fabián oía el temblequeo de la pantalla en sus encajes de metal. Quedó la estancia oscura, cesó el ruido. Entonces, en la lobreguez, la pobre alma apenada se puso á zurcir unas viejas ideas,

y no había en ellas voluntad de perdón. A veces la lejanía del delito quería hablar de clemencia, pero el recuerdo del engaño ridículo, el triunfo de aquel misterio prolongado, roto al acabar de una vida, como para impedir toda acción, le exasperaba. ¡Haría!

Pensó la escena. Llegaría á la alcoba, grave... ¿Cómo empezar?... Los minutos pasaban, y ahora asaltábale el miedo á que su mujer, acostada, durmiese. No la despertaría él; parecíale un detalle grotesco... Y después, frente á frente, ¿qué hacer?... El salto, el salto hacia el pasado, chaptuzarse en el lodo. Su maquinación excitaba sus nervios, que aun vivían con fuerza en él. Revolvería como un puñal sus palabras en el alma engañosa.

A veces, obsesionado por el hecho, se desviaba de su meditación. Se sentía excitado al darse cuenta de que el tiempo pasaba inútilmente, sin que la resolución definitiva brotase en él.

Extendieronse en el aire las vibraciones de una campana; era una campana lenta, con voz de mujer, triste. La tañían las capuchinas de un viejo convento encerrado en murallas oscuras y altísimas. Sonaba la campana á las doce de todas las noches, á la hora escalofriante del misterio. Sonaba dolorosamente: *tam*—y paraba—, *tam-tam*, y volvía á parar. Era como una oración elevada por el reposo de todos, cuando la ciudad

dormía. Desde lo alto del campanario caían los sonos un poco agudos hasta la paz de las calles desiertas, donde temblaban las luces de gas. En las noches de huracán, solía moverse la campana rechinando, y daba una nota larga y doliente que fingía un grito de susto. Cristina juraba que eran almas en pena que vagaban en torno á la iglesia sin poder entrar. Muchas veces preguntábase Fabián quién sería el compañero vigilante. Había imaginado una monja senecta, agarrada á la cuerda negruzca, enseñando los brazos sarmentosos erguidos, colgando de la soga como un envoltorio de ropas oscuras—más bruja que monja—, brillantes los ojos en la capilla sin luz, pavorosamente sola.

Pasó un hombre por la calle estrecha apagando las luces. Quedó en cada una una débil llamita azul. De lo sumo de las casas, cayó á las aceras una cascada de sombras, y en las losas del arroyo brilló la luna entonces como un río de plata manso y callado. En ráfagas templadas llegaba el sano aroma de la montaña; traía la visión de las casitas achatadas, del monte en silencio, de los sembrados donde á la luz lunar brillaría un vidrio como un diamante prodigioso, de las carreteras asombradas por castaños, bajo cuyas ramas pasarían nubes de blanco polvo del camino, como viajeros sigilosos... La campanita de las monjas tañía aún: *tam*, y una pausa; *tam-tam*...

Y todo esto daba una punzante sensación de soledad. Subió al alma del viejo un desconsuelo dulce que mojó sus ojos: en aquel momento, los motivos de su pesar confundieronse, se anegaron en un dolor de niño que llora sin precisar bien su desgracia. Sonaron pasos en la calle: el sereno, envuelto en su capotón parduzco, pasó, empujando las puertas. Se detuvo á curiosar por la mirilla de un comercio, de donde salía un chorro de luz soñolienta. Continuó su marcha, hasta que en la sombra se fundió su silueta y los pasos murieron poco á poco.

Fabián oyó un ruido en la estancia. Alguien tropezó en un mueble. Avanzó una figura indecisa y oyóse una voz, algo inquieta:

—¿Estás ahí, Fabián? ¡Tienes abierto el mirador!...

El siguió inmóvil; Cristina acercósele arrebujada en un mantón oscuro; como no oyese respuesta, habló alarmada:

—¿Qué te pasa?

Y tras un silencio, con algo de mimo en la voz:

—¿No vienes á acostarte?... ¿Estás malo, Fabián?...

Le puso una mano en el hombro, ansiosa de mirarle á los ojos, asustada.

El la rechazó, nervioso. Quedó en pie, balanceante, dejándose dominar por la ira.

—Mira esto. ¿Conoces esto?

Buscaba en los bolsillos la vieja carta ha-

llada; no la encontró. Corajudo, avanzó un paso hacia su mujer.

—¡Sé todo lo de Andrés... todo!

Aterrada, se arrinconó la vieja contra el sillón vacío; tenía el pelo gris revuelto, y en su cara, el temor y la sorpresa pintaban un gesto desagradable; temblaba sin darse aun cuenta justa de aquéllo.

El continuó, sin gritar, lucientes los ojos.

—Es toda la vida, toda la vida de engaño. ¿Sabes lo que es?... No poder volver atrás nuestros pasos; andar y andar, y encontrarse al fin con que hemos errado el camino, cuando ya es tarde... Derrumbarse toda la paz, toda la base de una existencia. ¿Por qué quedaste á mi lado? ¿Querías un asilo para tu vejez?... Mira: tengo rabia de que haya muerto él. Le enseñaría ahora tus arrugas, tu cara ridícula. Rompería delante de él tus vestidos para que te viese como eres, toda, toda, ¡y tuviese asco de ti!

Sentía un ansia loca de humillarla, de destroz ar aquel espíritu temblador:

—¿Qué me has guardado?... ¿Tu vejez repugnante? ¿El esqueleto de tu cuerpo y tu alma repleta de recuerdos del otro?... ¡Hipócrita!... Es toda mi juventud, todos los goces que no probé, todos los placeres que no he gustado, los que se sublevan contra ti... ¡Tú: un despojo asqueante!

La empujó con desprecio. Ella cayó en el sillón, refugiando en las manos el rostro avergonzado. Ni aun sollozó.

Tuvo él así como un arranque repentino. Dijo:

—Tengo un castigo para ti. Por tu culpa he perdido mi vida, la parte vigorosa de ella. Yo haré amarga tu vejez. Marcharás de mi lado. Lupe se queda aquí. Ve á donde quieras. Vivirás en lo sucesivo sola, sola; y tendrás siempre el recuerdo de mi desprecio y el dolor de tu abandono. No es mucho aún; pero aquella juventud mía no encuentra otra cosa en que vengarse que en tu vejez. ¡Te irás de mi casa!

Se acercó al mirador, agitadoísimo. En el fondo de la butaca quedó el bulto de la pobre vieja, quietecita, callada.

El se volvió, imperioso:

—Pero te irás ahora.

Incorporóse algo la anciana sobre el brazo del asiento. El insistió:

—¡Ahora!... ¿oíste?

Levantóse la mujer temblando. Marchó. Sollozaba ahogadamente. Sus pisadas eran más trabajosas que nunca, pero eran quedas, como si ella misma tuviese vergüenza de percibir las. Fabián la oyó salir asomado, sintiendo el latir furioso de sus sienes y una baráunda loca en el cerebro.

Transcurrió un silencio, un silencio duradero, intrigante. Se oyó después un leve ruido metálico, un rechinar. Abrióse la pesada puerta de la calle. Se cerró después más lentamente. Fabián miró. La vieja salía envuelta en el mantón obscuro, pegadita á la acera

para ocultarse en la sombra de las casas. Salía silenciosa, como un pequeño fantasma negro. ¡Parecía que deseaba correr!

Fabián no oyó sus pasos. ¿Latían más fuerte sus sienes? Andaba, andaba la vieja por la calle larga. ¿Llegó á la esquina... tragáronla las sombras?... Fabián miraba ansioso... Pasó un perro perdido, con pasos quedos... Y en la calle, nadie, nadie...

Y Fabián tuvo una sospecha repentina:

—¿Se irá á matar?

Cayó en el sillón buscando firmeza en sus rancias ideas triunfantes. Se acordó de una antigua historia leída ó escuchada alguna vez: la historia de una balsa arrastrada por un río asiático, y sujeta en ella la mujer adúltera, y encima el hombre seductor, en la actitud del pecado, y las gentes inmóviles en la orilla, viendo marchar el grupo trágico condenado á una muerte horrible. Y sobre la balsa y sobre el grupo, el cartel de anatema: *¡Maldito sea de Dios quien los proteja!* Y la balsa corriendo hasta el mar, hasta la muerte, entre la quietud de los hombres y de los campos.

Contó un viejo reloj una hora allá dentro; el pájaro mudo esponjóse en su jaula, batiendo los alambres con sus plumas. Por el hueco de un pasillo entraba en el salón una debilísima claridad que llegaba de la alcoba abierta y vacía.

II

Fabián lo contó todo. Sonó su voz nerviosa en el gabinete alegre donde entraba el sol por ventanas amplísimas. Su antiguo amigo le escuchó silencioso. Al concluir, lo miró Bernardo fijamente, con sus ojillos penetrantes. Hizo un gesto de lástima.

—Eres un imbécil, Fabián.

—¿No hice bien?

—Mejor lo sabes tú, que ya te pesa.

—No me pesa, Bernardo. Sé que Cristina buscó asilo en casa de su hermana; ya ves, su hermana... ¡tantos hijos! La habrán admitido por caridad. Notará siempre lo gravoso de su estancia. Es el castigo deseado por mí.

—Bebe, Fabián: he aquí todo el consuelo que te ofrezco.

Y Bernardo llenó la copa de su amigo.

—¿Todo el consuelo?...

—¡Qué quieres!... Se me antoja que hiciste mal. Acaso tu mujer no se acordase ya del lance. Siempre tuviste esas ideas románticas de la vida; te empeñas en que ha de ser como la pintan los libros, y no es así. Cuando descubriste el adulterio de Cristina has pensado: ¿dónde vi yo algo de esto?... Y te acordaste de algún drama ó de algún novelón, donde el marido engañado hace un disparate artístico. Has procurado buscar tu desen-

lace, y te sentiste un hombre intachable. ¿No es esto?

—Tú eres un cínico, Bernardo.

—Yo soy muy franco, y me revientan los motes que ponéis á las cosas ¿Qué puedes tú contarme de la vida?... ¿Tu tragedia ridícula de última hora?... ¿Para qué te casaste?

—Ya sales con tus teorías de solterón. Ahora me demostrarás las ventajas de andar por ahí á salto de mata, derrochando energías y sin sentir junto á uno, en los momentos difíciles, el bálsamo de un cariño cierto.

—Pero si no censuro que te hayas casado. Me limito á extrañarme de que, habiéndolo hecho, protestes contra tu desgracia. ¿Te asustas?... ¿No crees que todos están en tu caso?... Vamos á ver: ¿cuántas veces después de casado deseaste á alguna mujer que no era la tuya?

—¡Hombre!...

—Desear y... algo más. ¿Cuántas?

—¡Pchs!... Allá en mis tiempos... Pero yo...

—Me basta. Ya has confesado. Y bien, ¿crees que hay alguna mujer que cierta vez no haya sentido deseos por otro hombre que su marido?... En cualquier ocasión pasó ante su ventana, se cruzó con ella en el paseo, la saludó en el teatro... Ella sintió deseos de entregarse. ¿No es esto un adulterio?... Ya sé que no intervino la brutalidad del hecho, pero ella ha pecado. Acaso cuando el hom-

bre propio la besó, cerró los ojos y evocó la figura del deseado y poseyó al deseado en su marido. ¿Quién viola el secreto de las almas?

—En todo eso hay culpa.

—La habría si el amor fuese una acción voluntaria. Créeme: el matrimonio es una exaltación del romanticismo: «todo y siempre para ti». ¿Quién puede afirmar eso?

Volvieron á beber. Hubo una pausa en la charla. Bernardo conservaba aún el gesto de desprecio con que había subrayado su afirmación. Habló luego, como evocando:

—Yo quise casarme alguna vez. Hoy vive ella sola, en el frío de su casa de célibe. Al pasar nos miramos y quizá sentimos los dos vergüenza de lo que fué. Nuestros amoríos duraron mucho tiempo. Se burlaba de mí; jamás he oído de sus labios una frase sincera de cariño. Lo sabía y la amaba más. Entre todos, obtuvo sus preferencias un mozo alto, guapo, sabedor de la vida. Ci rta vez los vi besarse á hurtadillas. Callé para no provocar un rompimiento que ella habría de aceptar gustosa. Ya ves si la amaba locamente. Y transigía, transigía... Mis amigos, al fin, me hicieron observar todo lo que yo ya había observado. Por decoro hubo que romper, y rompí, pero maldiciendo á los causantes de ello. Cien veces estuve tentado á correr á los pies de la amada y decir: «Sé lo que has hecho, sé que eres falsa y liviana, y tu perversidad la fuí conociendo en horas

largas de penares; pero déjame estar junto á ti y cerraré los ojos cuando vayáis á besaros como aquella vez, aunque os vea allá dentro». Entonces me hubiese casado con ella. Hoy—ya lo dije—me avergüenzo de haberlo pensado. He querido á cien más con el mismo fuego. El ansia de amar no se satisface con un solo ídolo... Pero, ¿no bebes?

Fabián alzó la copa maquinalmente y bebió. Tuvo un escalofrío al sentir el amargor del brebaje.

—Me hará daño esto—dijo—; no suelo beber.

La historia de su amigo puso una pausa de enojo en la conversación. En el ánimo del viejo comenzaba á menguar la idea de su desgracia. Había un consuelo amargo en los escepticismos del camarada. Sentíase algo injusto, y en su interior comenzaba á bullir cierta tristeza por la separación de Cristina.

Bernardo dijo, poniendo en su voz un acento alegre para borrar la impresión del relato:

—¿Queda Lupe contigo?

—Queda.

Y Bernardo paladeando el recuerdo:

—Es una bella muchacha. Te dará poco que hacer su boda. ¡Lástima de años!... ¡Haría la calaverada de casarme, Fabián!

El recuerdo de Lupe puso en la charla un son de frescura. Como la tarde moría, pasaban y repasaban ante el hueco de las grandes ventanas sombras de pájaros piado-

res que regresaban á los nidos ocultos en el alero cercano, con algarada de alegría. En lo alto de una casa próxima, incendiaba el sol moribundo unos vidrios, y el reflejo bailaba en las paredes blancas del gabinete como mariposas de luz. Palidieron, se borraron. Subían de la plaza ruidos de carros, voces de niños, el batir hueco y retumbante de las tinajas de madera que las mujeres ponían en los anchos bordes graníticos de una fuente sombreada por álamos. Fué obscureciéndose el gabinete, invadido por una luz azulina. Las campanas del Buen Jesús tocaron. El aroma de primavera llegaba en la brisa sano, intenso; y el cuerpo lo recogía en un ansia estática, y dentro removíanse cien sentimientos dulcísimos, y el perfume primaveral era como un filtro mágico disuelto en el aire por las buenas hadas que renuevan las hojas en los árboles, para llevar el afán de querer á lo íntimo de todas las almas.

Los viejos bebían. Había cierto placer oculto en el fondo de las copas finísimas, un poderoso don de evocar. Si el perfume de la primavera agonizante pudiera condensarse, sería así, un licor dorado, inquieto, difusivo de una grata tibieza.

—En el cementerio vi á Lupe la última vez.

Fabían asintió. Iba todos los jueves. Acompañábala Cristina, y juntas oraban frente á la tumba de los padres de Lupe, en

el cementerio semejante á un jardín, con eucaliptos gigantescos y geranios en flor, y la escalinata de piedra carcomida, en cuyos peldaños sentábanse unos mendigos misteriosos que no hablaban jamás.

Recordaba ahora á la huérfana correr entre las tumbas, sin recelos medrosos; pararse ante unas letras doradas, ante la estatua blanca de un sepulcro; arreglar las flores sobre la losa que cubría á sus padres, preocupándose de la figura de la cruz, que formaba con pétalos polícromos. Tenía un arte extraño en su macabra labor: era arte coquetón, arte alegre de vida. Entre sus manos, las hojitas rizadas de los crisantemos caían como una lluvia de nieve. Por no pisar la losa, estiraba su cuerpo sobre ella, y Fabían veía ahora las curvas de las caderas y la carne sonrosada de los brazos—que con el esfuerzo salían más de las mangas—y la redondez de las piernas, que en la difícil postura asomaban casi hasta la rodilla bajo la falda algo corta de la adolescente. ¿Qué había en la visión ahora, que hizo latir más aprisa las arterias del viejo?

El no iba al cementerio. Acompañólas tan sólo una vez. Era un día invernal. Las melenas de los sauces flameaban sobre las tapias. Eran seis sauces altos que guardaban la entrada. Las cabecitas blancas de los crisantemos movíanse sobre sus tallos delgadísimos. Leyó una sentencia desoladora en el frontis de piedra oscura. Pasaron tres cuervos

graznando: eran los tres cuervos de la leyenda, que un día avisaron de su desgracia á la princesita triste, que sabía el lenguaje de las aves. Guadalupe los miró volar hacia el septentrio, distraída en su oración. De aquel día notaba el anciano que guardaba la impresión de juventud de Lupe, indiferente en la necrópolis, ansiosa de expansión, inquieta ante el recogimiento de Cristina, ella toda vida y toda carne vigorosa y fresca.

—Fabián: bebe más.

Al otro lado de la mesa, Bernardo era tan sólo una sombra indecisa. Los ojillos turbios de Fabián apenas si distinguían la mancha pálida de su cara redonda, sobresaliendo en la obscuridad. Antes de responder hizo el anciano un esfuerzo para poner expedita su lengua. Tenía entenebrecido el cerebro. Sentía calor y una pereza sensual que pesaba sobre sus párpados y cosquilleaba en sus nervios.

—No bebo más. Ya es mucho.

Se levantó para ir á la ventana. Tropezó en un obstáculo invisible; tambaleóse. Ya asomado, respiró con fuerza el aire tibio. Dentro sonó la risa del camarada:

—¡Si estás borracho, Fabián, si estás borracho!

Y reía. Calló para beber. Se oyó un choque de vidrios y acercóse Bernardo á la ventana con una copa llena en la mano.

—Vamos; una más. Demuestra que puedes con una más.

Hablaba con un acento alegre y burlón. Brillábanle los ojos pequeños, algo enrojecidos por el alcohol. Fabián, bruscamente, bebió, dejando caer parte del líquido.

—¡Protesto! ¡Has hecho trampa!

Se abrió la puerta del gabinete; una voz femenina preguntó desde el pasillo negro:

—¿Enciendo la lámpara?

Y Bernardo:

—¿Qué quieres?

—¿Enciendo la lámpara?

Bernardo abandonó la ventana.

—Entra, mujer; ahí tienes las cerillas sobre la mesa.

—Las traigo yo.

—Pues pasa.

Quedó solo Fabián, ensimismado. Dentro oyóse el rastrear de pies de quien camina en las sombras. Luego el rumor de un forcejeo brevísimo entre las sillas. Sonó un beso. La criada marchó tropezando, sin haber encendido la lámpara. El solterón volvió á la ventana gruñendo.

—¡La mala pécora!... ¡Me ha arañado la mano!

Fabián sintió un zigzagueo de llamas por todas sus venas. El ruido del beso se obstinó en sus oídos. Parecíale asistir á una revelación ante estos detalles de la vida de su amigo, que antes presenciaba con una sonrisa de superioridad. ¿Por qué no ser así también?... Desde lo íntimo se recriminó con cierto afecto compasivo hacia sí mismo:

—¡Viejo... viejo!

Y esta voz dulce que hablaba dentro de él le ahogó en pena. Corrieron las lágrimas á sus ojos; tuvo un placer extraño en sentir las bajar por el rostro reseco. Trató de contener un suspiro temblón

—¡Calle!... Pero, ¿estás llorando?

Y el amigo, confuso, lo miró. Evidentemente se sintió perplejo ante aquella expansión de dolor inexperada. Buscó algo que decir; luego gruñó, decepcionado, como si le hubiesen agriado el humor intempestivamente:

—Pues chico... podías avisar. ¡Si sé que tienes el vino triste!...

Y se puso á tamborilear con los dedos en el cinc del alféizar, que aún conservaba la tibieza del halago del sol. Fabián intentó sincerarse, con la voz afligida y temblona:

—¡Parecía tan buena!... ¿Qué voy á hacer y ahora, Bernardo, qué voy á hacer?... Me vendré á vivir contigo y traeré á mi sobrina... Porque tú eres mi mejor, mi único amigo. ¡Compadéceme... compadéceme!...

Bernardo no quería contestar. El lloroso tenía deseos vehementes de abrazarlo y de oír sus frases de condolencia. La calma augusta de la noche aumentaba su pena, su sensación angustiosa de soledad.

Hasta el mirador elevado llegó un aroma múltiple y sutil: olor á tomillo, á romero, olor á hierba-luisa, á laurel, á plantas y florecillas humildes recién cortadas en la mon-

taña, donde los musgos fingían ser hilos arrancados á un terciopelo. Venía el aroma del ancho balcón enrejado que avanzaba bajo el mirador. Las hierbas encharcábanse en un barreño, puestas á serenar. Al día siguiente mostraríanse en apretado haz, colgando de los hierros mohosos—hierbas benditas de San Juan—para espantar las brujas y alejar maleficios.

Llegó también una bocanada de humo. Por la bocacalle cercana asomó un gran resplandor de incendio. Brillaron con color de sangre los charcos que se habían formado con el trasiego de agua de la fuente. Alzóse una vocinglería en la calle próxima. Los cuerpos que pasaban ante la hoguera proyectaban sombras alargadísimas, de caricatura, que lamían el suelo y se doblaban en las paredes de las casas fronteras. Pasaban, crecían, se achicaban. Rompióse á veces el cristal de una risa de hembra. Algunos carbonos ígneos llegaban arrastrados hasta la plazoleta.

En la lejanía, sobre los montes que son sombras de monstruo, hay también un resplandor. ¿Es la luna que nace? No es la luna: el disco enorme y rojizo asoma por otra cumbre remota, y se ven las siluetas pequeñísimas de unos pinos recortarse claramente en él. No es la luna que nace: son las hogueras de San Juan.

Abajo, en la plazoleta, advirtiósese un ajetreo de sombras: carreras ahogadas, así

como cuchicheos conspiradores. Brilló una estrellita de luz; al fin se incendió un haz gigantesco de leña, y con las llamas se alzó un clamoreo de voces infantiles. Destellaron entonces los grifos de la fuente y los aros de las tinajas, y en lo sumo, cerca de las copas de los álamos, la corona de cobre que remataba la estatua de un Neptuno ridículo que presidía el conjunto de la fontana humilde. Atraídas por el resplandor, llegaron gentes. Tal cual madre en cuidado al ver á los críos en torno á la hoguera crepitante, asomábase á la guardilla estrecha, y desde allí, casi en las sombras, gritaba con voz aguda:

—¡María!... ¡Encarnación!...

El humo llegaba á la ventana, sofocante. El calor encendía los rostros. Comenzó á entoldar el cielo una niebla densa que traía olor de mar. Sintió Fabián entorpecerse más aún su cerebro con aquella bofetada de fuego y con el ascua enorme de la hoguera que le bailaba en los ojos. Se retiró.

—Me marcho.

El amigo, ceñudo aún, lo llevó hasta la puerta. Alumbróle. Desde arriba le gritó, irónico:

—¡Cuidado con caerse!

Y el viejo sentía crecer en su alma la desolación. Se burlaban de él. Había hecho algo ridículo que le pesaba en lo profundo. **Paseó su tristeza por las calles: una tristeza rabiosa y egoísta, que lloraba por sí; se sen-**

tía capaz del mal. La vieja traición se revelaba con otro aspecto: se acordó del seductor; tuvo un agrio placer en rememorar sus jactancias de amador perverso de sensualismo complicado.

¡Daría ahora Fabián su alma por encontrar á Cristina en la estancia nupcial, testigo de unos amores vulgares, y afrontarla con una exigencia insólita!

Monologaba:

—¿Y qué haces ahora, pobre viejo que has borrado tu ayer, y tú ayer era toda tu vida?... ¿Qué material te ha de prestar el tiempo para reconstruirte un pasado?...

Veía las luces y las cosas, disformes, al través de sus lágrimas, que no caían. En las calles brillaban las hogueras múltiples. La niebla se encendía en lo alto con colores bermejos. El fuego está cuidado por manos de mujer, y en su torno bailábase y en su torno se hablaba de cariños, y alguna vez unas faldas níveas, al brincar sobre las ascuas, se teñían de unos reflejos rojos como un deseo pecador.

¡Hogueras benditas! Yo sé que hay vírgenes ingenuas que esperan la hora de la media noche para hacer conjuros milagrosos; yo conozco una á una las leyendas á que se acogen las solas, escrutando en sus futuros amores que acaso no aparezcan nunca á endulzar sus vidas. Porque son noches de amor, son noches de luminarias y de incendios, y cada fogata es un símbolo de pasión:

primero lumbre, después cenizas y el que la encendió pasa pisándolas.

¡San Juan bendito, santo protector que haces nacer esperanzas y revivir recuerdos: ¿cuántas jóvenes han esperado la hora negra de la media noche para arrancarte el secreto de un lejano amor?... Protégelas, santo bondadoso, San Juan bendito, y que tengan junto á la ventana, en la paz de estas noches estivales, alguien que les cuente la vieja historia de los cariños ardorosos!

Cogeos las manos, virgencitas, y corred en torno á la hoguera; que ella tiña vuestras caras de rojo y haga crepitar alegremente sus ascuas al ver tanta juventud y tanto cuerpo saltarín y deseable. Los jóvenes no vienen: los jóvenes tienen allá lejos ó aquí cerca un jarro de vino y una guitarra parladora. ¿Quién sabe si los empujará hasta vosotros el santo bendito? Corred, virgencitas; y vosotros, ancianos que evocáis: partid la leña, echadla en la hoguera poderosa y mirad á las jovencitas con vuestros tristes ojos lacrimosos que miran á otra edad. ¡Tiene que haber mucho fuego para que llegue algo de calor á vuestras almas!

III

Parecióle más grande la blandura del sillón, más voluptuosa. La paz de la estancia sugería pensamientos candentes que pasaban por el cerebro como trazos ígneos. El quinqué, bajo la pantalla color rosa, luchaba con la penumbra. Los vanos de las puertas quedaban ennegrecidos; había una tibieza agradable y un silencio de alcoba. Una brisa hinchaba á veces la cortina del mirador, donde había los reflejos de las hogueras.

Lupe entró de improviso, rompiendo la paz.

—Buenas noches, tío.

Fabián tuvo un gesto alegre al divisarla. Besó calmosamente la mejilla, que traía toda la frescura de la calle. Sintió como un alivio al hacerlo, y la caricia del aroma que impregnaba los vestidos de Lupe.

Se acordó de las palabras del cínico:

—Es una bella muchacha...

La frase bailó en su cerebro. Guadalupe había corrido á la ventana para mirar la hoguera. El anciano observó despacio su cuerpo robusto, que delataba las líneas en el corzo, al doblarse sobre el alféizar. Vió la melena abundosa extendida sobre el azul de la blusa de seda: aquella melena olía á flores de nardo, un perfume fuerte, mareante,

propio de mujer madura, ya iniciada en todos los misterios. El veía también los ojos pequeños y brillantes, de color de esmeralda, y la naricilla que ponía en la cara un aire malicioso, y los labios suaves, un poco gruesos, y el azul de la blusa levantado por los senos: unos senos como los de las estatuas de Venus, cortos y erguidos.

Sobre la frescura de aquella carne de diez y seis años, había pasado horas antes la codicia del viejo cínico. Fabián lo adivinó ahora. ¿Acaso la sentía él también?... Ansiaba una sensación profunda; diríase que su cuerpo la esperaba, temblador, porque hervía la sangre dentro de él con un fuego extraño, y la brisa primaveral llegaba á su rostro con el misterio de las ráfagas que, según la Escritura, precedían á algunos milagros: «*Y vino de lo alto un soplo de viento...*»

¡Cómo acogería él un nuevo amor!... ¡Racimos perlados: vosotros guardáis en vuestro zumo la savia de una vida gigante, el secreto de la fuerza y de la intensidad; el alma de Dionisos está repartida en el estuche brillante de vuestros granos, y ella es la que entra en nosotros con los licores y nos narra historias de quimera y hace surgir en nuestra vida otra vida estupenda. Y entonces soñamos, y entonces sentimos aguzadas nuestras pasiones y vibrantes los nervios, y vislumbramos secretos profundos ó triviales. Y es que el dios bello y fuerte ha distendido el círculo de acero de nuestro ánimo, y por

la abertura causada entre los extremos nos ha dejado ver algo magnífico.

Y el viejo soñaba un nuevo amor: la sed de posar los labios en unas mejillas frescas y no encontrar arrugas en la cara ni flacideces en el cuerpo de la novia; abismarse en una juventud que fuese un esméctico para su alma fatigada. La querría tanto, que cuando el sol los despertase, en un solo día de amor, les parecería gastado y viejo su cariño.

Lupe llegó hasta el sillón del anciano.

—¿Vendrá hoy tía Cristina?

—¿Tía Cristina?...—Fabián la miró con ojos turbios—. No; seguramente no vendrá hoy.

Lupe calló un instante; se aventuró luego á decir:

—¿Es verdad que reñiste con ella, tío?

El anciano no supo responder. Sentía la lengua trabada, así como una bruma en su espíritu. Lupe creyó oír un sollozo ahogado. Conmovióse.

—No llores... tío... ¿vas á llorar?

Abrazólo, casi sentada en sus rodillas. El habló con una voz queda y doliente, de mimo:

—Estoy enfermo, estoy enfermo, ¿sabes?

En el abrazo cosquilleábale en la cara la suelta melena, y el aroma lujurante de narado lo envolvía. Sintió la muelle presión de la carne joven en sus rodillas inseguras. Como una llamarada, iluminóle el cerebro

la memoria de su primera noche nupcial. Estaba ebrio también: se vió golpeando la puerta tras la que temblaba Cristina, joven y perfumada, con un ligero sobresalto en el alma.

Y todo el fuego del recuerdo espacióse en él; bebió el aroma de nardo, buscó los labios carnosos, tersos; atrajo todo aquel cuerpo joven en un abrazo temblón, de sátiro.

Ella se desprendió, sin comprender aún, instintivamente asustada. Fabián intentó retenerla. Ante su gesto extraño, aumentó el temor impreciso de la joven.

—¡Ven aquí!

El viejo se había puesto en pie. Llamóla imperiosamente, sin gritar. Ella retrocedía con lentitud; al llegar á la puerta, huyó: sintióse su andar apresurado en el pasillo.

—¡Lupe!... ¡Lupe!

Fabián no se atrevió á seguirla. Quedó erguido en medio de la estancia, escuchando los pasos de la que huía. Un espejo mostróle su propia imagen en una penumbra de misterio: las ropas se fundían en la obscuridad de sima del cristal azogado: sólo veía su rostro pálido y los ojos iluminados por un ansioso mirar y los mechones grises de las sienes alborotados y revueltos.

—¡Lupe!...

Y esta vez el nombre no fué una llamada: fué una queja. Salió de lo íntimo de su desolación; sintió en todo él las tenazas de una congoja grande, grande, el ansia de un re-

gazo donde llorar como un niño, allí, en aquel recinto silencioso, entre aquella penumbra rosada, en el viejo sitial cercano al jaulón donde una avecilla gualda no había podido cantar jamás.

Cerróse una puerta allá dentro; se fué apagando en la cortina blanca el reflejo incendiario de la hoguera; las proyecciones de sombras fueron en la tela cada vez más débiles, cada vez más débiles...

